

los extremos del europeo continente. Los sendos polos de la inteligencia se reunían en el descubridor; la inspiración sobrehumana y el cálculo matemático. Pues ambas facultades, tan opuestas, recibían del estado en que Portugal se hallaba entonces, excitaciones intensas y sostén sólido. Había en Colón un profeta y un mercader. Pues el profeta crecía en su contacto con las ideas vagas y poéticas por todas partes allí difusas, y el mercader en la enseñanza viva de tantas y tan varias combinaciones económicas como se realizaban en aquella inacabable Casa de Contratación. El espectáculo pasmoso de todos los embarques, el congreso vivo de tantos pilotos, la llegada continua de marineros, la enseñanza pública de aquellas ciencias indispensables á la náutica, iban dejándose atrás las antiguas circunspectas navegaciones costeras, sustituidas y reemplazadas por estas otras navegaciones en el Océano, semejantes á un vuelo en lo vacío, á una inmersión en lo infinito, á un ingreso peligrosísimo en el misterio, á una sobrenatural tentativa, cuya mayor personificación debía ser en el transcurso de los siglos este piloto genovés, quien á la callada iba en su interior aperebiéndose y preparándose para su obra y se recogía en sí como el Dios Creador se debió recoger al crear el mundo.

Todo el siglo décimoquinto lusitano está henchido con la universal aspiración de recorrer y dominar el continente africano. De aquí los viajes más ó menos arriesgados y las exploraciones más ó menos continuas. El archipiélago de las Azores y el continente de Guinea, inventados tras tantos esfuerzos, parecieron paraísos, mientras los

buscaban, á la imaginación; eriales, después de hallados, á la vista. El deseo está condenado á engañarse. Infinito como el alma y espiritual, sus aspiraciones insaciables caen por fuera en el desengaño al tocar la verdad objetiva y exacta. No hay ninguna realidad que al ideal responda. Lo refleja muy mitigado; jamás lo repetirá en toda su extensión y en toda su grandeza. Así, desde las islas Azores y desde los territorios encontrados en las tierras occidentales africanas, el deseo había volado á posarse con empeño en el continente de África. Siempre que hay una luminosa idea muy extendida y una grande aspiración muy arraigada en la sociedad, encuentra su encarnación propia en una grande personalidad histórica. El deseo de abordar al continente africano tomó carne y se hizo hombre ó personalidad en el infante D. Enrique, hijo tercero del rey don Juan, perteneciente á la dinastía de Avis, sucesora de los Borgoñas, predecesora de los Austrias y de los Braganzas, dinastía comenzada en la guerra con Castilla por un dignatario semiletrado y semifeudal, concluida en guerra de moros por los requeridos arenales africanos con el sublime loco que se llamó rey D. Sebastián. Enrique no parecía una persona, parecía una cifra. Ningún afecto humano le divertía de su fin providencial é histórico. La porfiada constante aspiración á los viajes llenaba su inteligencia, que señoreaba la voluntad, por completo sujeta de suyo al ideal. Poblado su espíritu de tierras más ó menos fantásticas por las alucinaciones de su propia imaginación y por las lecturas de los libros ajenos, poblaba el Océano extendido al pie del Cabo Sagres,

con iguales objetos, más ó menos fantaseados, y con iguales perspectivas, más ó menos idealizadas, que descubría su interior pensamiento. Portugal, contenido por el poder de Castilla en tierra, no tenía más remedio que apelar, para dilatarse, al Océano. La expansión de su sér y las irradiaciones de su idea lo pedían así. Don Enrique, á fuer de lusitano, era descubridor natural por propia naturaleza nativa y por herencia vinculada en la sangre de sus abuelos. Y esta vocación, recibida de la línea paterna, se reforzaba por el influjo poderoso de la línea materna. Empeñados los Papas de la Edad Media en prohibir todo matrimonio entre parientes, quedaban los reyes obligados á requerir de luengas tierras sus esposas. San Fernando, por ejemplo, casó con Beatriz de Suabia. La madre de D. Enrique Avis era sajona y normanda por su complexión, á fuer de inglesa. Llamábase D.^a Felipa Lancáster. Parece imposible la serie de coincidencia existente de antiguo entre la historia portuguesa y la historia española. Esta casa de Lancáster, que sirviera con su infanta D.^a Constanza en su oportuna sazón á unir la dinastía legítima sacrificada en los campos de Montiel, sirvió en Portugal para prosperar la dinastía de los Avis. Doña Felipa de Lancáster dió hasta muy madura edad un hijo por año á su marido el rey D. Juan. Provenientes de lusitanos, de sajones, de normandos, los hijos de tal matrimonio corrían desalados al mar, como corren al agua las especies acuáticas; y en el mar, como buenos reyes, corrían á la conquista. El infante D. Enrique impuso, pues, á los suyos con la doble fuerza de su voluntad y de

su inteligencia las conquistas africanas, creyendo penetrar así por tierra en los dominios del gran Mogol y alzarse con sus cahices de aljófares y brillantes. Catay, palacio-ciudad descrita en todas las relaciones del tiempo, empedrada de plata, revestida con láminas de oro, perfumada por fuentes olorosas de madreperlas y ópalos gigantes emanadas y surgidas, coronada por cresterías interminables de rubíes y esmeraldas, con almenas de ágatas, con muros de pórfidos, con lloviznas de aljófares, Catay se aparecía en sueños allende el Estrecho de Cádiz, allende el istmo de Suez, allende los desiertos arábigos, en la Mongolia, donde había realizado Alejandro Magno la transfusión de la sangre desde unas venas en otras del ejército suyo y realizado nupcias entre las razas que preparaban la unidad interior del humano linaje. La pasión que agitaba el ánimo de Colón, la idea que tiránicamente lo poseía, estaba difusa y esparcida en su tiempo. Sin esos engaños, sin esos espejismos, sin esos fantaseos, sin las alucinaciones provinientes de las fábulas, nunca se hubiese descubierto desde nuestro hemisferio el opuesto, y nunca se hubiera completado con el nuevo el viejo mundo. Buscad el invento que os parezca más positivo y más cercano: la historia os demostrará cómo la ciencia no hubiese llegado á ninguna parte sin esos fantaseos de la imaginación, sin esos desarreglos de los nervios, sin esos engaños del alma. Nada tan práctico para nosotros y nada tan cercano de nosotros como el teléfono y el telégrafo, satisfacciones de nuestras necesidades por medio y por obra de la electricidad, reunida en instrumentos debidos

á la ciencia positiva. Pues ¿cuántas ilusiones no precedieron á este invento y cuántas fábulas y aun farsas no acompañaron al encuentro é invención de la electricidad? ¿Sabéis algo más conocido y vulgar que los inventos relacionados con la electricidad, desde los ámbares antiguos á la rana de Galvani; desde la rana de Galvani hasta el pararrayos de Franklin; desde el pararrayos de Franklin hasta la botella de Leyden; desde la botella de Leyden hasta el telégrafo de Morse; desde el telégrafo de Morse hasta las lámparas de nuestro Edison y sus maravillosos fonógrafos? ¿Conocéis algo más prosaico y calculador que la pasada centuria? El verso mismo se había hecho prosa y la inspiración cálculo. Sin embargo, con encuentro tan positivo como las grandes aplicaciones de la electricidad, y en siglo tan prosaico de suyo como el siglo décimo-octavo, se dieron alucinaciones muy semejantes á las que fascinaban el ánimo de los descubridores y de los nautas y de los viajeros allá en la décima-quinta centuria. Se había perdido la fe viva en los milagros de la religión y tomaban los discípulos de la Enciclopedia como cosa corriente los milagros de la ciencia. Cuando se veía subir á unos en el montgolfier hacia las regiones superiores del aire, y á otros, metidos en la campana del buzo, descender á los abismos del mar; cuando en la retorta del químico se hallaban, con los gases ayer ignorados, nuevos elementos de vida, y en las botellas del físico las chispas del rayo entregado al arbitrio del hombre; cuando el magnetismo se difundía por los nervios y los exaltaba, creía tener el hombre un dominio sobrehumano en la Naturale-

za y ser en la creación todo un agente divino del Criador.

Pues qué, ¿no acudían los pueblos á las cadenas de Mesmer, cuyas sacudidas ofrecían los crédulos aquellos eterna juventud? ¿No iban los diplomáticos más abonados á escuchar boquiabiertos las palabras del Conde de San Germán, para saber de aquel conviviente con toda la historia, testigo de todos los hechos capitales, contemporáneo de todas las generaciones, interlocutor con todos los hombres ilustres de todas las edades, cómo estaba la curia romana el día que mataron á César y cómo retumbaba la tempestad en el Gólgota mientras Cristo moría en la Cruz? La vida etérea, el ascenso de este á otro planeta, la juventud eterna, la fe viva en los filtros regeneradores, la reducción de un rayo de sol al encierro de un cristal, el encuentro con seres fantásticos en la celeste inmensidad, las dos alas del águila en los sendos hombros para subir á lo infinito, la segunda vista en el espíritu para penetrar en ella dentro del corazón, la eflorescencia del suelo en una primavera continua; todo esto y mucho más parecía posible al hombre de la última centuria, que respiraba en el aire la electricidad recién inventada y en el espíritu recién condensada. Reinaban un iluminismo y un misticismo humanitarios que habían facilitado la invención del pararrayos maravilloso de Franklin, del precipitado químico Lavoissier, del globo areostático de Montgolfier. La ciencia parecía un Tabor donde la Humanidad se transfiguraba y subía de un vuelo al Empíreo. Unos creyentes misteriosos, que se decían bajados de las pirámides egipcias, asistentes al templo de Salomón,

ascetas en las quebraduras del monte Líbano, restos de antiguos templarios, perdíanse por las profundidades obscuras de subterráneos misteriosos, cual si del globo terráqueo pasasen á los vecinos globos; y allí después de haber buscado la estrella misteriosa entre los vapores producidos al humo de los inciensos puestos por los esclavos en los incensarios consagrados á los déspotas, entregábanse á la meditación y á la contemplación de los arquetipos eternos, donde se modelan las cosas, en cámaras tendidas de negros paños sobre los cuales se destacaban blancos esqueletos, y al borde horrible de sarcófagos sobre los cuales se veían mondadas calaveras; entre tales horrores propios para despertar un escalofrío de terror erigían templo visible al invisible Arquitecto del Universo, cuyo símbolo resplandecía en el triángulo refulgente como la luz del sol, donde resaltaba en letras hebreas el nombre incomunicable de Jehová. Todo esto se conjuraba para infundir la idea extendida universalmente de que las sociedades secretas se hallaban á un mismo tiempo en todas partes. Las gentes creían que guardaban éstas en depósito las fuerzas mágicas y las fuerzas demoniacas del Universo; que componían filtros, los cuales daban á la sangre un calor tropical y una vida exuberante á todas las fibras y moléculas del cuerpo; que forjaban oro en el crisol de sus hornos alquímicos; que doblaban el tamaño de los diamantes; que podían subir de astro en astro hasta la cumbre misma del sol y allí cobrar una segunda vida con creces animada por la llama de nuevo y luminoso espíritu. A éstos uníanse otros sectarios con

tendencias aun más políticas y con liturgias aun más extrañas. Los temperamentos exaltados, las damas nerviosas, los jóvenes de imaginación y sensibilidad, se unían á tantas sectas; creyendo, no solamente verdaderos sus dogmas, ciertos y positivos sus milagros. En las cortes de Alemania se oía por los mármoles de aquellos grandes corredores que circunvalaban los patios de sus palacios, barrer á las nocturnas escobas de sus brujas, y en las cámaras imperiales y reales aparecíanse las damas sobrenaturales, envueltas en blancos sudarios, anunciando la muerte de los más jóvenes y más floridos príncipes de las familias reinantes para un día dado. Encerrábase un Apocalipsis en casi todos los hechos. Los muertos dejaban los sepulcros y venían al comercio con los vivos. Nuevos seres surgían al calor de la idea como surgen las mariposas al soplo de Abril. Por todas partes corrían profetas, hierofantes, reveladores, iluminados. Fundábanse palacios destinados á círculos mágicos de electricidad, con salones cubiertos de séderías almohadilladas, donde, al resplandor de luminarias extrañas, al compás de suaves músicas, al eco de armoniosísimos coros, danzaban los poseídos del magnetismo hasta caer exhaustos, unas veces á los espasmos de la epilepsia, otras veces á los deliquios del éxtasis. Fingíanse árboles magnetizados, que infundían bajo sus ramas, propias para figurar en el jardín de Armida ó en la isla de Circe, sueños henchidos de místicas y voluptuosas visiones. Una especie de profeta, que detestaba el mundo como si fuese un cenobita, que se holgaba en la soledad como cualquiera de los precursoro-

res ó bautistas evangélicos, que aparentaban decir una idea para significar otra opuesta, ángel de nuevo Apocalipsis, arrojaba palabras incoherentes sobre la sociedad antigua en su agonía y sobre la nueva sociedad en su cuna. Por tamaña crisis de los ánimos, por tal exaltación de los temperamentos, por las agitaciones de Pitonisa, que sobrecogían á la humana conciencia, como en los primeros siglos del Cristianismo, adivinaréis qué de prosélitos no arrastraría el Conde misterioso de Cagliostro, bendecido por Lavater como un providencial redentor, llamado en unas partes Bálamo y en otras Fénix; aquí con un nombre griego y allí con un nombre caldeo; profeta y aventurero; filósofo y prestidigitador; dispuesto así á un sermón como á un escamoteo; capaz de robar el corazón del pecho con su elocuencia semibárbara y de la bolsa el dinero y aun el reloj con sus dedos habilísimos; alquimista y médico; astrólogo y astrónomo, sabio y sicofante; caballero rosa-cruz y caballero de industria; quien así podía pasar por un templario escapado á las persecuciones antiguas como por un reo escapado á los presidios de África; habitador de una casa misteriosa donde reinaba el crepúsculo y sacerdote de una secta theúrgica donde reinaba el misterio; enemigo de la Iglesia y amigo de los cardenales; enemigo de la Monarquía y amigo de los monarcas; explotando á todas las sociedades secretas, que lo mantenían como un Nabab de la India, haciendo creer que debía sus riquezas al arte de forjar el oro voluntariamente, y que debía sus ideas y sus ciencias al vuelo diario en alas de siete ángeles por los

siete planetas, y al comercio con hermosas doncellas encerradas en capillas cubiertas de raso blanco, so la denominación de palomas, quienes le contaban arcanos del cielo y le servían con sus nigromancias y sus sortilegios para la regeneración intelectual y moral de nuestra humanidad. Pues bien; todo esto no era más que anuncio de la revolución en política y en ciencia de la electricidad. Como para sacar el metal precioso se necesita de muchas escorias, y para conseguir el fruto regalado se necesita de muchos estiércoles, para llegar á la verdad pura se necesita de muchas leyendas y de muchísimas alucinaciones. Cuando esto pasa en el siglo precedente al siglo décimonono, imaginaos lo que pasaría en el siglo último de la edad Media. Por eso la predestinación del piloto genovés al descubrimiento de la nueva tierra se nota en el arte sumo con que ligaba los cálculos del saber á los hipnotismos, como ahora decimos, inspirados y sugeridos por la tradición y por la leyenda fabulosas. El cuento le servía como el astrolabio. Junto á un mapa disponía un salmo. Así era la encarnación sublime del espíritu de su tiempo. Paraíso nuevo ideado por la Humanidad en el potro de sus tormentos y en el horror de su Vía Crucis; libros sibilinos en que se hablaba de un reflorecimiento universal; cantares órficos transmutados al pasar de unos labios á otros labios en mil generaciones; números pitagóricos interpretados por las ideas sincréticas de Alejandría; églogas proféticas de Virgilio é intuiciones sobrehumanas de Séneca; la inmensa isla, aquella increíble Atlántida, pintada en los banquetes de